

## Antonio Gramsci entre filología y uso

A propósito de A. Gramsci, *Revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos* (selección, coordinación e introducción de Massimo Modonesi), Manresa, Bellaterra, 2022, 361 pp.

Lorenzo Cognetti<sup>1</sup>

En la historia de las ideas, hay algunos pensadores cuya voz parece ser imperecedera al proyectar sus ecos hasta las puertas de la más estricta contemporaneidad. Este es el caso de Antonio Gramsci, quizá el más importante pensador italiano del siglo XX. La obra de Gramsci sigue animando el debate filosófico-cultural del presente desde múltiples puntos de vista y distintos enfoques disciplinarios. Claro ejemplo de esta extraordinaria difusión y de tal gran alcance es el reciente libro coordinado por Massimo Modonesi, *Revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. El texto, que aparece primariamente en italiano en 2020 editado por Unicopoli y que ahora podemos leer en castellano en la edición Bellaterra de 2022, reúne un conjunto de trabajos, realizados por acreditados especialistas del pensamiento de Gramsci en torno al dispositivo clave de *revolución pasiva*. Se trata de un concepto crucial, no solo por la propia economía del pensamiento gramsciano, sino también por el uso que se ha hecho de él a lo largo del tiempo hasta nuestro presente. Uso que, desde luego, articula una “traducción” (en sentido gramsciano) de la misma noción, según perspectivas, exigencias y especificidades que atañen a la actualidad.

Lo primero en que quisiéramos hacer hincapié es la matriz geográfico-histórica diferenciada que caracteriza este libro. Modonesi junta ensayos producidos en tiempos distintos por autores de nacionalidades diferentes. De hecho, las contribuciones que aquí se presentan abarcan un arco temporal aproximadamente de cuarenta años, es decir, desde los ‘70, hasta la primera década de nuestro siglo. Efectivamente, el concepto de revolución pasiva no ha sido desde el principio objeto de interés para los intérpretes del pensador sardo. Es más bien la aparición de la edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel*, fruto del trabajo de Valentino Gerratana, a inspirar nuevas lecturas y a favorecer la construcción de otras configuraciones teóricas internas a la obra de Gramsci. Los dos primeros trabajos que figuran en el libro se remontan a 1977. Esta fecha es símbolo de una época realmente próspera para los estudios gramscianos, debido también a la “última gran onda expansiva del movimiento comunista en Italia y en el mundo” (p.

15). Sin embargo, la fecha citada es a la vez la cumbre y el punto de inflexión, ya que, con la caída del muro de Berlín, Gramsci parece desaparecer del debate político-cultural, para luego volver a ser protagonista en nuestros días, al desplegarse de nuevas luchas organizadas por las clases subalternas. Al día de hoy, revolución pasiva es uno de los términos claves a partir del cual, a través de Gramsci, se pueden leer las dinámicas sociopolíticas contemporáneas. Por lo tanto, al estudiar el conjunto de los escritos que Modonesi selecciona y ordena de forma cronológica, es posible darse cuenta de la constelación semántica que designa el concepto de revolución pasiva, tanto por la disponibilidad hermenéutica que encarna en la propia obra de Gramsci, como por la complejidad de la que se va enriqueciendo en manos de estos autores los cuales, al recapacitar e interpretar tal noción, responden a unas preocupaciones políticas determinadas y, entonces, ensanchan la polisemia del término mediante su traducción y uso.

Hace falta señalar otro elemento para devolver integralmente la calidad del texto curado por Modonesi. Me refiero a la voluntad del estudioso de rechazar el método de los enfoques especializados que, desde hace unos años, se está afirmando con fuerza en el mundo académico. En relación propiamente a la profundización de la obra de Gramsci, esta voluntad se concreta en la posibilidad de instituir un diálogo fecundo entre el planteamiento filológico tradicional que ha caracterizado sobre todo los estudios gramscianos en Italia, y los estudios “orientados al uso y a la actualización de los conceptos y de las categorías” (p. 17) que en cambio ha sido el camino escogido por la corriente anglosajona e hispanoamericana. Hacer comunicar estos dos enfoques permite dar forma a un saber práctico-teórico que homenajea realmente la visión gramsciana de la filosofía como *praxis*, a saber, una filosofía que dirige “la interpretación de la realidad social hacia su transformación” (p. 18). Sin traicionar o distorsionar a Gramsci, se trata de poner en movimiento sus dispositivos para ver dónde nos llevan y para comprobar qué tipo de proyectos podemos estructurar según usos de su pensamiento que estén ajustados a los problemas y a las dinámicas contemporáneas.

<sup>1</sup> Universidad Complutense de Madrid  
Email: [loreco@cognetti@uclm.es](mailto:loreco@cognetti@uclm.es)

Además, en la introducción del volumen, Modonesi subraya otra cuestión crucial para comprender la riqueza teórica que envuelve el concepto de revolución pasiva. Se trata de su carácter multidisciplinar. La noción se puede abordar “a partir de distintos ámbitos de las ciencias humanas y sociales” (p. 18) y, principalmente, es posible analizarla según los tres filones de la historiografía, de la filosofía y de la politología, cuyas líneas se entrelazan en la misma obra carcelaria del marxista sardo. Entonces, la revolución pasiva es un dispositivo conceptual sujeto a varios usos en distintos sectores de la investigación científico-cultural. No obstante, lo que de verdad cabe señalar es su declinación como “clave de lectura que suscita debates sobre los procesos en curso, a nivel nacional e internacional” (p. 19). De hecho, el propio Gramsci utilizó el concepto para leer las dinámicas históricas del pasado (pensamos en el uso analítico que el autor hace del dispositivo en relación al *Risorgimento* italiano o al proceso de formación de los estados nacionales) y, a la vez, para diagnosticar la crisis hegemónica de su presente (en particular, los años ‘30 con el ocaso del modelo revolucionario ruso para Europa, la incapacidad del americanismo de ser el paradigma de una nueva civilización y el surgimiento del fascismo).

Finalmente, en virtud de su extraordinaria elasticidad, la noción asume una centralidad que obliga a los lectores a relacionar el tema de la revolución pasiva a la categoría clave del gramscismo, es decir, la hegemonía. Sin embargo, Modonesi precisa que no hay acuerdo entre los intérpretes con respecto a la definición y determinación de tal relación temática. Se trata de un debate que sigue abierto y que el estudioso italiano invita a considerar mediante un planteamiento más amplio, al conectar la revolución pasiva también con otros conceptos acuñados por Gramsci (por ejemplo, el de transformismo y el de cesarismo entre otros). Poner en juego más herramientas del vocabulario gramsciano permite considerar la especificidad concreta e histórica del fenómeno revolucionario objeto de análisis, con la finalidad de establecer su potencialidad transformativa en sentido auténticamente hegemónico. Desde este punto de vista, al cerrar la introducción del texto, Modonesi recuerda que, sobre todo para los estudios y los usos contemporáneos de la categoría, lo fundamental es reconocer cuándo la pasividad no se limita a abrir el paso a las revoluciones pasivas y a “neutralizar la acción tendencialmente autónoma de las clases subalternas en clave preventiva o de reacción”. Lo que cabe comprobar es si el carácter de pasividad “produce y sostiene también una pasivación posterior” (p. 27). En breve, es menester defenderse del peligro de cristalización de la pasividad, la cual puede acabar convirtiéndose en objetivo y efecto de un proceso de revolución pasiva que frustra cualquier posibilidad de “transformación

de fondo a partir y a través del protagonismo desde abajo” (p. 25).

Ahora bien, el término revolución pasiva aparece por primera vez en la nota 57 del cuaderno 4 en relación al *Saggio storico sulla rivoluzione napoletana del 1799* de Vincenzo Cuoco. Así escribe el marxista sardo:

Vincenzo Cuoco llamó la revolución pasiva la que tuvo lugar en Italia como contragolpe a las guerras napoleónicas. El concepto de revolución pasiva me parece exacto no solo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución de tipo radical.jacobino (C 4, 57: 216-217)<sup>2</sup>

En primer lugar, Gramsci emplea el término para explicar el fenómeno histórico del *Risorgimento* queriendo mostrar como este proceso de modernización que conduce a la formación del estado unitario italiano no es el fruto de una revolución activa como fue el caso de la Revolución Francesa y de la Revolución Rusa. La palabra activa indica básicamente el carácter de una revolución que se ha caracterizado por el involucramiento y participación de las clases subalternas (lo que también Gramsci define como jacobinismo). Viceversa, pasiva es aquel tipo de revolución que, como dice Modonesi en la introducción, define el rasgo “característico de una revolución iniciada y desarrollada desde el alto” (p. 26).

En realidad, antes del cuaderno 4, el lema revolución pasiva aparece en la nota 44 del cuaderno 1. Sin embargo, se trata de una incorporación sucesiva. En este caso, Gramsci se refiere al *Risorgimento* en el sentido de una “revolución sin revolución”, acercando esta expresión al concepto acuñado por Cuoco. El filósofo sardo lee la situación italiana a partir de la confrontación entre moderados y democráticos. Estos últimos no fueron capaces de expresar la representación de una fuerza social homogénea y fueron absorbidos en la hegemonía moderada. La idea se conecta con otro dispositivo gramsciano, a saber, el de transformismo, para indicar aquel proceso de asimilación que conlleva “la decapitación” de la clase adversaria y, por lo tanto, de los grupos subalternos.

En el cuaderno 8, precisamente en la nota 25, Gramsci vuelve a emplear el término para reflexionar en torno a la edad de la Restauración y a la formación de los estados nacionales burgueses. El marxista sardo cita ahora a Quinet y acerca el concepto de revolución pasiva a la expresión del teórico francés “revolución-restauración” para referirse a la falta de iniciativa popular en las dinámicas italianas, y para indicar una forma de progreso que es el producto de restauraciones que acogen parte de las instancias de los grupos populares, cuyas reivindicaciones no consiguen organizarse de forma orgánica más allá de la subversión esporádica.

<sup>2</sup> A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, México, ERA, 2000.

Aunque Gramsci menciona a Cuoco y a Quinet, como señala Antonio Di Meo<sup>3</sup>, para elaborar el concepto de revolución pasiva, el filósofo sardo transforma la idea de estos autores y desarrolla la categoría de forma muy original. Fruto de este desarrollo es la lectura de Marx y, en concreto, de la obra *Miseria de la filosofía* (1847). En este texto, el filósofo alemán polemiza con Proudhon y su manera de entender la dialéctica. Proudhon convierte la dialéctica en un movimiento conciliatorio, donde la parte positiva de la tesis y de la antítesis se separan mutuamente de sus aspectos negativos, para unirse de forma apaciguada en la síntesis final. Gramsci asocia a esta concepción de la dialéctica proudhoniana la figura de Benedetto Croce. El historicismo especulativo de Croce sería un tipo de dialéctica “domesticada” donde domina el positivo y los resultados del proceso están determinados *a priori*.

Sin embargo, el pensador sardo vuelve todavía a mover la categoría y en los cuadernos 9 y 10 acerca Proudhon a Gioberti. La revolución pasiva se encarna en Gioberti ya que su política refleja el desarrollo de todas las fuerzas de la tesis en su intento de asimilación de la antítesis. Desde este punto de vista, el dispositivo se articula como formulación teórica pensada para leer un proceso dialéctico que neutraliza el conflicto social, en el marco de un progreso cuya forma está determinada por las clases dominantes. Para mantener su dominio, las clases dominantes conceden cierta dosis de progresismo en beneficio de los grupos subalternos, sin dejar de ser los protagonistas de la transformación. Una transformación que es el fruto de modificaciones moleculares capaces de producir paulatinamente un cambio de las combinaciones anteriores de las fuerzas.

Finalmente, como ya se ha señalado, Gramsci utiliza el concepto de revolución pasiva para interpretar la historia mundial a partir de la posguerra. El dispositivo no funciona limitadamente como categoría hermenéutica del pasado. Asistimos a una expansión paulatina del término que, de noción analítico-histórica, acaba siendo una herramienta para leer los procesos en acto y diagnosticar la crisis hegemónica de los años ‘30. De hecho, el marxista sardo toma en consideración los fenómenos del fascismo y del americanismo. Se trata de una lectura que quiere ser práctica, es decir, no limitada a la mera constatación de los hechos, sino dirigida a una posible transformación de los propios fenómenos.

La extensión del paradigma de revolución pasiva en relación a los acontecimientos del siglo XX es el rasgo que caracteriza la original reflexión llevada a cabo por Franco De Felice, autor del ensayo que abre la compilación. *Revolución pasiva, fascismo y americanismo en Gramsci* es un escrito que de alguna forma marca una pauta fundamental en la tradición de los estudios gramscianos. A principios de los ‘70,

se realizan los primeros trabajos en torno a la noción de revolución pasiva (pensamos en los de Valentino Gerratana, Leonardo Paggi y Christine Buci-Glucksmann). Sin embargo, De Felice destaca con su ensayo por haber enfocado el análisis del concepto gramsciano a partir de la centralidad de la dimensión política.

El intérprete italiano no se limita a subrayar el amplio abanico de usos que, en Gramsci, la categoría asume. El aspecto realmente importante de su lectura estriba en señalar la diferencia de los procesos a los cuales la noción se aplica. Utilizada para analizar las dinámicas del siglo XX, la revolución pasiva no indica el cambio progresivo de los sujetos dominantes, sino muestra la manera específica en la que una clase dominante consigue permanecer en su posición. Como afirma Fabio Frosini<sup>4</sup> en una intervención sobre el trabajo de De Felice, el concepto de revolución pasiva no puede reducirse a una combinación de restauración-revolución, sino tiene que ser comprendido como compleja estrategia de control de la presión ejercida por las clases subalternas hacia el Estado. Por tanto, la aplicación del dispositivo al siglo XX requiere necesariamente profundizar la relación del término con la dimensión de lo político. Es en el campo político donde se ejerce la revolución pasiva y es ahí que hace falta dirigir la mirada para captar toda su riqueza teórica.

A partir de la centralidad de lo político, De Felice revela la caracterización absolutamente nueva del Estado en los años de la posguerra respecto a la estructura liberal que lo había definido a lo largo del siglo XIX. El cambio que afecta a la revolución pasiva se puede entender a la luz de la transformación de la hegemonía. Después de la Primera Guerra Mundial, el ejercicio hegemónico se concreta en imposibilitar el acceso al poder de otra clase respecto a la dominante. De hecho, el estudioso de Gramsci conecta el nexo hegemonía-revolución pasiva con el dispositivo gramsciano de guerra de posición. Un nuevo tipo de Estado debe formarse para gestionar el enfrentamiento con las clases subalternas.

Al recapacitar sobre la conjunción entre revolución pasiva y fascismo, De Felice muestra como la reflexión gramsciana sobre la política totalitaria del régimen italiano representa una novedad absoluta que implica deshacerse del modelo del cesarismo como instrumento de interpretación del fenómeno fascista. Se asiste a la transformación de la sociedad y en este cambio, asume un papel relevante la organización de las masas. El Estado ejerce un control absoluto sobre la sociedad civil y llega a extender enormemente su forma de gobierno. Además, junto al gobierno de las masas, el otro elemento fundamental que define la novedad de la revolución pasiva asociada al fascismo es el gobierno de la economía para hacer frente a la crisis del ‘29. Organización de las masas y gobierno de la economía vienen a ser los elementos fundamen-

<sup>3</sup> A. Di Meo, “La «rivoluzione passiva» da Cuoco a Gramsci. Appunti per una interpretazione”, en [http://www.filosofiaitaliana.net/wp-content/uploads/2018/04/Di-Meo\\_La-rivoluzione-passiva-da-Cuoco-a-Gramsci.pdf](http://www.filosofiaitaliana.net/wp-content/uploads/2018/04/Di-Meo_La-rivoluzione-passiva-da-Cuoco-a-Gramsci.pdf)

<sup>4</sup> F. Frosini, “Stato delle masse ed egemonia: note su Franco de Felice interprete di Gramsci”, en *Studi Storici*, 2017.

tales del nexo revolución pasiva-fascismo. Elementos que se pueden resumir en la centralidad absoluta de lo político. En este sentido, al destacar la estructura peculiar del fenómeno totalitario y los cambios que este produce desde el punto de vista de la concreción de la hegemonía en la posguerra, De Felice consigue realizar el desplazamiento del concepto de revolución pasiva al terreno de la dimensión política, otorgando al dispositivo una riqueza teórica nueva.

En los mismos años de la publicación del ensayo de De Felice, aparece otro trabajo sobre el tema de la revolución pasiva, escrito por una importante autora del panorama de los estudios gramscianos, es decir, Christine Buci-Glucksmann. En *Sobre los problemas de la transición: clase obrera y revolución pasiva*, el punto de partida es el vínculo estricto que la estudiosa francesa establece entre la revolución pasiva y el “conservadurismo reformista atemperado” que esta produce. La revolución pasiva es un proceso que lleva a la neutralización de la auténtica dialéctica de clase y fagocita la iniciativa popular, al satisfacer una parte mínima de sus reivindicaciones de forma reformista. Por lo tanto, según esta caracterización, la revolución pasiva “no constituye una estrategia para la clase trabajadora” (p. 97).

Sin embargo, su potencialidad crítica hace que sea una categoría empleada para comprender qué tipos de dificultades y obstáculos afectan al proceso revolucionario de los subalternos, imposibilitando un tipo de ruptura jacobina y obligando a reflexionar de manera nueva en torno al tema de la transición. De hecho, ya desde la primera página de su ensayo, Buci-Glucksmann pone en relación la categoría de revolución pasiva con el famoso *Prefacio a la Crítica de la economía política* de Marx en el que se fijan los principios claves de la transición. En este marco, la autora afirma que “el concepto de revolución pasiva, como corolario crítico de la problemática marxista de la transición, es el que quizás nos permite una nueva interpretación global de las modalidades políticas para superar un modo de producción” (p. 98). Buci-Glucksmann está interesada en recapacitar sobre las formas que la política puede adquirir en la transición para la realización de lo que ella define una “antirevolución pasiva”.

Para concretar esta posibilidad es necesario volver a considerar el Estado y su ampliación en el contexto de la transición histórica. Una ampliación del Estado arraigada en formas democráticas de base, fruto de la expansividad hegemónica de las masas se opone de forma contundente a la revolución pasiva que cristaliza la relación entre dominantes y dominados. Son claramente dos formas distintas de transición. Buci-Glucksmann sostiene que para conseguir la primera de estas dos formas de transición se requiere socializar la política y explorar sus relaciones con las fuerzas productivas. La clase trabajadora debe desarrollar una estrategia de lucha contra las revoluciones pasivas encontrando respaldo en un pluralismo institucional que es reflejo de una hegemonía

amplia (política, cultural, económica). Aun así, como se afirma en la parte final del ensayo, en el pensamiento gramsciano no hay una teoría del Estado del todo adecuada. La intérprete francesa reconoce en Gramsci un marxismo abierto, creador, cuyo desarrollo viene a ser la tarea de la contemporaneidad. Podemos recuperar la categoría de revolución pasiva y utilizarla “como instrumento teórico y político para nuestro presente”, con el objetivo de construir un “Estado de transición democrático y pluralista de nuevo tipo” (p. 123) que sea la encarnación de una auténtica revolución antipasiva.

Dirigiendo la atención a los ensayos más recientes que entran en la compilación, es muy interesante recuperar la reflexión de Carlos Nelson Coutinho. El título del escrito es *La época neoliberal: ¿revolución pasiva o contrarreforma?* y su desafío teórico estriba en la posibilidad de leer la contemporaneidad a través de las categorías gramscianas, al integrar el concepto de revolución pasiva mediante la categoría mucho menos desarrollada en los *Cuadernos* de contrarreforma. En efecto, el estudioso brasileño sostiene que el gramscismo, con sus dispositivos, puede ser una herramienta decisiva para comprender marxianamente las dinámicas de la globalización. En concreto, su propósito es el de interpretar el fenómeno neoliberal a luz del binomio revolución pasiva-contrarreforma. Asumiendo como presupuestos que la revolución pasiva es una forma de reformismo articulado según un doble momento de restauración-renovación y guiado desde arriba, mientras que la contrarreforma representa una restauración *tout court* (si bien con cierta combinación de lo viejo y lo nuevo), Coutinho se pregunta: “¿la era neoliberal, que comenzó en las últimas décadas del siglo XX, está más cerca de una revolución pasiva o de una contrarreforma?” (p. 195).

El autor no tiene dudas: el neoliberalismo es una contrarreforma que además opera una mistificación ideológica al presentarse como una “reforma” o, incluso más, como una “revolución”. En la época neoliberal, las instancias y exigencias de la clase trabajadora no tienen cabida. No hay ninguna posibilidad de expansión, incluso limitada (como sería en el caso de una revolución pasiva), de los derechos sociales. El neoliberalismo derriba hasta las conquistas logradas por las clases subalternas en el proceso (eso sí de revolución pasiva) que ha llevado a la construcción del Estado de Bienestar. La crítica de Coutinho (en nuestra opinión, muy acertada) llega a desenmascarar también las recientes preocupaciones demostradas por algunos círculos neoliberal de la llamada “tercera vía” hacia el desastroso aumento de la pobreza producido por la política económica de los últimos años. Se trata de un temor que comporta la búsqueda de paliativos inútiles, cuya única función es la de arrojar en el mar de la restauración integral una gota de novedad para salvaguardar la totalidad del sistema y contener la eventual presión de los subalternos.

Esta idea de control, de retención y de anulación de la fuerza subalterna encuentra una tematización

compleja y original en la importante contribución de Fabio Frosini. Mediante la reconstrucción diacrónica del concepto de revolución pasiva, en su trabajo *Revolución pasiva y laboratorio político: apuntes sobre el análisis del fascismo en los Cuadernos de la cárcel*, el estudioso de Gramsci se rehúsa a interpretar la pura desorganización de las masas y su separación de un grupo orgánico de intelectuales como los elementos que definen la condición de pasividad. Al contrario, en el contexto de producción por parte de las clases dominantes de una nueva forma “post jacobina” de hegemonía, la pasividad es el reflejo de una estrategia de neutralización constante ejercida en contra de la movilización y del involucramiento político de las masas. La reacción de las clases altas simboliza su necesidad absoluta de defensa, ya que la condición de los subalternos, lejos de ser inacción pura, se concreta en un subversivismo que, si bien de forma inorgánica, consigue quebrar periódicamente la hegemonía dominante. Finalmente, no se puede mantener la equivalencia entre pasividad y exterioridad de la política de las masas. Sin duda, los subalternos carecen de autonomía y de organización, aun así esto no demuestra su exterioridad con respecto a las dinámicas políticas.

Mediante su lectura, Frosini intenta matizar la frontera entre revolución pasiva y revolución activa. Su interpretación quiere revelar la co-pertenencia de restauración y revolución, de pasividad y actividad. De alguna manera, la pasividad de la masa tiene como condición de posibilidad su misma actividad. Vemos surgir de forma evidente el carácter extraordinariamente paradójico del lema revolución pasiva. El fenómeno fascista encarna propiamente este carácter, puesto que, frente a la expansión de la autonomía de las clases populares debida a las organizaciones de partido y de sindicato, reacciona mediante la incorporación de estas clases en el aparato estatal. El fascismo reconoce la irreversibilidad del proceso expansivo de las masas y, al no poderlo negar, le da una forma. El resultado es paradójico: la actividad de organización llevada a cabo por los subalternos que representaba su posible salida de la pasividad, queda absorbida por el poder fascista el cual mantiene tal actividad, pero quitándole a la vez todo carácter de dirección autónoma. En breve, para frenar el asedio del pueblo, hace falta reaccionar con un contra-asedio que le prive de cualquier espacio de autoorganización. Sin embargo, Frosini repite una y otra vez que el asedio es recíproco, por lo tanto, la absorción no elimina el conflicto. Además, el proceso conlleva el ingreso decisivo de las masas en la vida política del Estado.

El estudio de Frosini supone una relectura muy original del concepto de revolución pasiva. La revolución pasiva es un proceso general que refleja el mismo devenir histórico donde la discontinuidad se produce por acumulación de elementos moleculares que explotan de forma momentánea. La idea de revolución jacobina (activa) se convierte en una

excepción del proceso más profundo y complejo de revolución pasiva. En este sentido, cae la distinción neta entre activo y pasivo como si fueran emblema de dos tipos de revoluciones y procesos históricos alternativos.

La compilación curada por Modonesi presenta también, más allá de la introducción, dos contribuciones personales del propio autor. Primero, encontramos el ensayo *Pasividad y subalternidad. Una relectura del concepto gramsciano de revolución pasiva*. En este trabajo, el estudioso de Gramsci intenta mostrar cómo los procesos revolucionarios pasivos “impulsan y operan una *resubalternización*, [ya que] [...] tienden a desactivar y pasivizar mediante la reducción de los márgenes de antagonismo y autonomía” (p. 231). Así, pone en relación la categoría de revolución pasiva con otros dos dispositivos claves, a saber, el cesarismo y el transformismo. Esbozar esta línea de conjunción le permite distinguir entre revoluciones pasivas progresivas y regresivas. Lo progresivo o regresivo de una revolución pasiva depende estrictamente de la dialéctica entre renovación y restauración que configura íntimamente el propio proceso revolucionario. En cada proceso hay siempre una combinación desigual de renovación y restauración, es decir, de elementos progresivos y regresivos. Se trata de combinaciones en las que es posible establecer el aspecto determinante, según el grado de construcción de subjetividad política alcanzado por las clases subalternas. De hecho, resumiendo sus conclusiones, Modonesi afirma que:

tiene un carácter progresivo o progresista todo proceso o proyecto de reformismo social que, además de ampliar los márgenes de fuerza política de que disponen las clases subalternas, no incluya medidas profundamente reaccionarias en el plano de las libertades políticas. Mientras que son regresivos aquellos proyectos o procesos que combinan reformas con altos niveles de represión, o que por medio de las reformas buscan o logran interrumpir el proceso hacia la autonomía integral de los subalternos (p. 254).

Finalmente, el libro termina con un apéndice escrito por Modonesi, dedicada a los usos del concepto de revolución pasiva en el contexto latinoamericano. En nuestra opinión, es un escrito de extraordinario interés puesto que completa e integra los demás trabajos, al devolver al lector aquella relación fundamental entre filología y traducción del pensamiento gramsciano que refleja la originalidad y utilidad teórico-políticas de la compilación.

En concreto, el intérprete italiano toma en consideración los países donde la difusión gramsciana ha tenido más impacto: Argentina, Brasil y México. Su interés se dirige a la posibilidad de vislumbrar el uso de la categoría de revolución pasiva en relación a los fenómenos nacional-populares y populistas. Empezando por Argentina, refiriéndose a Aricó y Portantiero, Modonesi destaca la falta de un uso

sistemático del concepto, así como la ausencia de su aplicación a las dinámicas nacional-populares y populistas que atraviesan América Latina. Incluso cuando Aricó se refiere de forma muy original a lo nacional-popular como antítesis vigorosa de la revolución pasiva encarnada por el populismo, el cordobés no llega a desarrollar esta hipótesis potencialmente muy interesante. Con respecto al contexto brasileño, se menciona Coutinho, el cual se limita a una caracterización derechista de la revolución pasiva, asociada a los fenómenos dictatoriales. En su interpretación, la categoría gramsciana se concreta en “una dictadura sin hegemonía”. En cambio, los usos más interesantes y sistemáticos del dispositivo se realizan en México. El autor cita a Montalvo que interpreta la Revolución mexicana mediante la categoría de revolución pasiva. Finalmente, es a partir de los ‘90, en virtud del surgimiento de nuevos movimientos populares, que se ha vuelto a abrir en América Latina un debate importante, donde la noción gramsciana tiene absoluta relevancia. Modonesi precisa que, diferentemente de las interpretaciones anteriores, se trata de “un análisis político sobre procesos en curso” (p. 355). Este debate demuestra “la vitalidad de las categorías gramscianas” cuyo uso en el presente destaca por su funcionalidad.

Aunque el estudioso italiano reconoce el interés y la utilidad de estos estudios, acaba subrayando que “las interpretaciones basadas en el concepto de revolución pasiva han quedado truncadas” y, en la mayoría de los casos, terminan por desatar la contradicción entre renovación-restauración con opciones hermenéuticas disyuntivas que reducen la complejidad de los fenómenos. Por ende, en conclusión de su contribución, afirma la necesidad de un potenciamiento de los usos y estudios de este concepto, para distinguir las tendencias progresivas o regresivas de las dinámicas revolucionarias contemporáneas.

Desafortunadamente, no hemos podido recuperar todas las intervenciones que componen este libro tan importante en el panorama de los estudios actuales de la obra gramsciana. La ausencia no indica una falta de interés. Hemos intentado devolver al lector algunos de los puntos fuertes que delinear las investigaciones propuestas en la compilación, realizando una selección que inevitablemente deja fuera muchas sugerencias de igual valor. En efecto, el libro destaca por la riqueza de hipótesis, ideas, perspectivas que abre y, gracias al entrelazamiento del planteamiento filológico y del enfoque práctico, se hace heredero del auténtico propósito gramsciano: articular la filosofía como *praxis*.